

Las



LEYES
del
EXITO

HERBERT W. ARMSTRONG

Las siete leyes del ÉXITO

¿POR QUÉ sólo unos pocos—tanto mujeres como
hombres—tienen éxito en la vida?

Este folleto da la respuesta sorprendente al problema
más difícil de la vida, probando que ¡NINGÚN SER
HUMANO TIENE POR QUÉ SER UN FRACASADO!

¡Todos aquellos que han tenido éxito
han seguido estas siete leyes!

El único CAMINO al éxito no es una fórmula
de derechos de autor. ¡No se puede comprar!

El precio es su propia aplicación de
las siete leyes existentes del éxito.

POR HERBERT W. ARMSTRONG

Este folleto no es para la venta.
Es un servicio educacional gratuito
de interés público, publicado por
la Iglesia de Filadelfia de Dios

© 1961, 1968, 1972, 1974, 2003, Iglesia de Filadelfia de Dios
Reservados Todos los Derechos

Las escrituras en esta publicación son citadas de
la Versión Reina Valera, a menos que se cite otra distinta.

¿SE LE HA OCURRIDO a usted pensar que debe haber una *razón* por la cual mucha gente no tiene éxito en la vida? No sólo fracasan hombres y mujeres de negocios, fracasan también esposas y madres.

¿Se encuentra usted entre aquellos que luchan con el problema de cubrir sus gastos con lo que ganan? Casi todos tenemos esa lucha. Este problema no debe ser motivo de fracaso, sin embargo, a menudo nos conduce a ello.

Es un hecho que la inmensa mayoría de las personas terminan en el fracaso. No obstante, *¡nadie debe fracasar!*

Analicemos las realidades de este mundo.

¿ES ESTO ACASO EL ÉXITO?

En los Estados Unidos cada dos minutos alguien intenta suicidarse, y diariamente cerca de 70 personas tienen éxito en sus intentos. Pero, ¿es esto el verdadero éxito? La Organización Mundial de la Salud calcula que en el globo terrestre aproximadamente 1.000 personas cometen suicidio diariamente.

Los suicidios sobrepasan a los asesinatos. Actualmente existen sociedades para la prevención del suicidio. Muy pocos entienden que la verdadera causa de este fenómeno es el FRACASO individual.

Aunque sólo una minoría recurre a ese extremo, la inmensa mayoría terminan sus vidas en el fracaso.

Una gran parte del mundo pasa actualmente por un período de “prosperidad”. Sin embargo, aun en los países industrializados los negocios están fracasando a un ritmo aterrador. Alrededor del mundo se observa el alarmante incremento del fracaso.

Cada día millones de personas permiten que el cáncer del fracaso *los esclavice* a una vida de circunstancias desagradables, de las que únicamente la muerte les librerá.

Mas, ¿POR QUÉ ha de ser así?

¿Por qué son tan pocos los que realmente alcanzan el éxito en la vida? ¿Es cuestión de oportunidad? ¿Es un capricho del destino? ¿Podría ser la suerte? ¿O acaso hay razones definidas?

¿Por qué tantas personas, al llegar a los 60 ó 65 años de edad, tienen que depender de otras? ¿Por qué son necesarias las pensiones para los ancianos, beneficencias públicas, instituciones de caridad para el sostenimiento de los desamparados que no están ni lisiados ni incapacitados? ¿Por qué tantas personas tienen que sostener a sus ancianos padres, cuando debe ser todo lo contrario?

¡Le voy a explicar por qué!

Existen causas específicas. Hay siete leyes básicas que rigen el éxito. ¡Ya es tiempo de que la gente las conozca y ponga fin a tan lamentable e innecesaria tragedia!

ENCONTREMOS LA RESPUESTA

Cuando yo tenía 23 años, formaba parte del cuerpo de redactores de una revista nacional. Me enviaban por todo Estados Unidos; solía visitar 10 ó 15 estados en cada viaje. Mi trabajo consistía en investigar la situación de los negocios y proponer soluciones dignas de llevarse a cabo. Entrevistaba a hombres de negocios y funcionarios de las cámaras de comercio. Analizaba con comerciantes y fabricantes sus problemas, y exploraba los métodos e ideas que, habiendo sido aplicados con éxito en promociones de ventas y relaciones públicas, habían reducido los costos y aumentado la productividad, lo cual se traducía en mayores ganancias.

Una de las cosas que me asignaron fue investigar la *razón* por la cual unos pocos triunfaban y la gran mayoría fracasaban. (Se calculaba que el 95 por ciento de los pequeños comercios independientes se encaminaban hacia la bancarrota.)

En aquel entonces nos preocupábamos únicamente por el éxito o el fracaso de los hombres, pero naturalmente las mismas leyes se aplican a las mujeres también.

Pedía la opinión de centenares de comerciantes. La mayoría pensaban que el éxito era tan sólo el resultado de una habilidad superior y que el fracaso se debía simplemente a la falta de ella.

Pero según esta opinión, la mayoría estaba destinada irremediabilmente al fracaso desde su nacimiento. Si el hombre carecía de esa habilidad, estaba condenado a fracasar, a pesar de lo que hiciera para evitarlo. Yo no estaba de acuerdo con esa idea, y más tarde comprobé que era falsa.

El director del gran almacén J. L. Hudson de la ciudad de Detroit, Michigan, EE.UU., creía que el fracaso era el resultado general de la falta de capital adecuado. Una minoría de los que entrevisté estaban de acuerdo con él, pues este concepto hacía al dinero, y no al hombre, responsable del éxito o del fracaso.

De hecho, la investigación demostró que estos eran factores contribuyentes, pero solamente eso. Descubría que un factor mucho más común era que los talentos y las aptitudes de muchos individuos no correspondían a la carrera que habían escogido. Me convencí de que la mayoría, de haber conocido estas siete leyes, podrían haber triunfado en la actividad más adecuada a su talento.

Estas pesquisas para indagar las *razones* del éxito y del fracaso me intrigaban y no terminaron con estos viajes, pues el análisis y la observación de este problema lo he continuado a lo largo de los años.

Ahora sé con certeza que *ningún ser humano tiene por qué fracasar!*

Los fracasos no son predeterminados y el éxito no viene por casualidad, sino que está regido por siete leyes específicas. Si usted las conoce y las aplica, puede estar seguro de tener el feliz resultado de alcanzar éxito en sus empresas.

Todo ser humano fue puesto en la tierra para un propósito. Cada persona fue puesta aquí para tener éxito. Cada individuo debe disfrutar los gozos de la prosperidad, la paz y la felicidad; debe vivir una vida interesante, segura y abundante. Y a fin de que a todos les fuera posible cosechar abundantes recompensas, si así lo desearan, el Creador puso en vigor leyes definidas para producir ese resultado tan anhelado por el hombre.

Pero lo trágico es que a lo largo de los siglos y milenios el hombre ha despreciado esas leyes, ¡esas causas que producen exactamente el éxito que tanto anhela! Hace mucho que el mundo las rechazó y las olvidó, y actualmente la mayoría no

sabe en qué consisten, de manera que *¡no han seguido ni una sola de las siete leyes básicas del éxito!*

Preguntamos con toda sinceridad: ¿No es en verdad apremiante esta situación? ¿Es en realidad la tragedia colosal de toda la historia!

¡NO PUEDE COMPRARSE!

Si alguna autoridad reconocida tuviera en venta una idea que garantizara la prosperidad y el éxito para todos aquellos que la practicaran, seguramente la gente acudiría en tropel a comprarla.

Hubo un hombre que tuvo tal idea. Se trataba de una especie de religión seudo sicológica, y su autor les prometía a sus seguidores prosperidad y riqueza... de la manera más fácil, por supuesto. Propalaba que eso le había dado la riqueza que poseía y hacía gala de su magnífica residencia y de sus lujosas posesiones. La deducción era que ese plan haría ricos a quienes lo adquirieran, pero este hombre tuvo cuidado de no mencionar que *su* riqueza se debía precisamente a los incautos que habían comprado su falso plan.

Este individuo dio con una frase contagiosa para encabezar sus anuncios en diversas revistas y periódicos, la cual usó durante muchos años con gran éxito, pero que acabó por fastidiar. El "éxito" de aquel charlatán no fue real ni duradero y él mismo acabó siendo un fracaso colosal.

El único camino hacia el éxito no es aquel que se vende como mercancía, pues no puede comprarse con dinero. Ese camino se le muestra a usted gratuitamente, sin dinero y sin precio. Hay, sin embargo, un cosió: su diligente aplicación de estas siete *leyes* definidas. No se garantiza que sea la forma más fácil, pero sí que es la única que lleva al éxito *verdadero*.

UN CASO ESPECÍFICO

Sucedió que precisamente la mañana en que redacté el manuscrito original de este folleto, leí en un periódico londinense el obituario de Clark Gable, célebre actor del cine norteamericano. Considero que el mundo lo vio como un hombre muy afortunado. Sin embargo, ¿en verdad lo fue?

¿Qué es el éxito en realidad? ¿Y cómo puede obtenerlo la gente cuando son tan pocos los que saben en qué consiste?

Muchas cosas me llamaron la atención al leer el obituario de esta estrella del cine, ya que estaba enfocando mis pensamientos en el tema del éxito.

En la primera plana de aquel diario Clark Gable era proclamado como el rey del cine. Se le describía como “el héroe romántico de 90 películas”. Se contaba entre las 10 estrellas del cine que más dinero ganaron en esa época, y las grandes estrellas del cine tienen entradas fabulosas. “Él fue uno de los pocos ídolos que se mantuvieron en primer lugar por tanto tiempo”, decía el obituario. Pero, ¿es eso ÉXITO?

Una de las cosas más “fascinantes” que se decían acerca de su vida, era que se había casado *¡cinco veces!* ¿Podríamos considerar a un hombre con por lo menos tres matrimonios fracasados (una de sus esposas murió en un accidente de aviación) como una persona de éxito? El obituario continuaba diciendo que él *cultivaba* “el frunce de las cejas, el conocido entrecejo, los ojos a medio cerrar y su mirada socarrona”. Todo eso no era natural; él lo había *desarrollado* deliberadamente para cautivar a las mujeres. “Clark Gable”, terminaba el obituario, “había cultivado todo esto para las muchachas durante casi todo su reinado romántico”. Podría decirse que era su “marca de fábrica”, y así lo consideraba él, pues decía: “Para mí, este es un negocio y siempre lo ha sido”. Era simplemente su forma de ganarse la vida.

HOMBRES RICOS QUE HE CONOCIDO

Desde los 18 años en los Estados Unidos y durante la edad madura por todo el mundo, he tenido estrecha amistad y contacto frecuente con individuos considerados como hombres de éxito. He leído muchos libros y artículos escritos por esas personas, así como biografías y autobiografías de grandes hombres y de los casi grandes, en donde dan a conocer sus filosofías y experiencias. Sé cómo piensan y cómo actúan estos dirigentes y qué principios y preceptos siguen.

Un factor ha caracterizado a casi todos estos hombres: Todos ganaron mucho dinero y adquirieron abundantes bienes

materiales. Muchos presidían grandes compañías y eran considerados como personas muy importantes.

Es significativo que la mayoría de estos hombres observaron seis de las siete leyes del éxito. *¡Este hecho es tremendamente importante!*

Uno de ellos fue el presidente de una gran compañía de automóviles durante la época en que yo era un joven subsecretario de la Cámara de Comercio de esa ciudad. Él llegó a ser muy rico y era reconocido mundialmente como un hombre importante. Llegó al pináculo de su profesión, pero en la breve depresión de 1920 su compañía pasó a otras manos y él perdió todos sus bienes. Acabó por suicidarse. A fin de cuentas, ¿tuvo éxito aquel señor? Practicó cinco de las leyes del éxito, pero descuidó la séptima y también la sexta.

También fui amigo de dos grandes banqueros. Uno de ellos, Arthur Reynolds, a quien conocí más íntimamente, era presidente del banco que en ese tiempo se consideraba como el segundo en importancia en los Estados Unidos. Conocí al Sr. Reynolds cuando presidía un banco de mi ciudad natal. Más tarde, cuando yo era un ambicioso y próspero joven publicista en Chicago, a menudo lo visitaba para pedirle su consejo. Él siempre se mostró interesado y servicial y yo siempre acaté su sabio consejo. El Sr. Reynolds alcanzó reconocimiento nacional y fama mundial.

Unos 35 años más tarde, entré a aquel gran banco y le pregunté a uno de sus muchos vicepresidentes si sabía a dónde se había trasladado el Sr. Reynolds y dónde había muerto. (Había oído rumores de que se había jubilado y mudado a la ciudad de Pasadena, California, y que allí había muerto.) El vicepresidente a quien pregunté nunca había oído hablar del Sr. Reynolds.

—¿Quién fue él?—me preguntó.

Después preguntó a otros y ninguno recordaba al Sr. Reynolds. Finalmente el secretario de Relaciones Públicas envió a alguien a la biblioteca del banco, de donde trajo un recorte de periódico. Parecía que esto era el único registro que el banco tenía de su antiguo presidente quien, junto con su hermano, había sido el artífice principal de la magnitud e importancia

alcanzadas por esa institución bancaria. El recorte era de un periódico de San Mateo, California, en el cual se notificaba su muerte acaecida en ese suburbio de San Francisco.

Después de leerlo, se lo devolví.

—Seguramente usted querrá conservarlo—le dije—. Debe ser de gran valor para el banco.

—No—me respondió—. Si usted conoció al Sr. Reynolds, puede quedarse con el recorte.

En esa forma obtuve de ese gran banco quizá lo único que quedaba de la memoria del más importante de sus presidentes. Su “éxito” no fue duradero y ya nadie se acordaba de él.

Durante su vida activa, el Sr. Reynolds aplicó las seis primeras leyes del éxito. Sin embargo, cualquier éxito que él haya logrado fue pasajero. Aunque acumuló dinero, contó con una buena porción de acciones bancadas, poseyó una magnífica residencia y fue considerado como un hombre importante mientras vivía, ¡todo su “éxito” murió con él!

El otro gran banquero fue John McHugh. Lo conocí cuando era presidente de un banco en una ciudad del interior del país. En 1920 tuve una interesante conversación con él durante la convención de la Asociación Americana de Banqueros. Para ese entonces él ya era presidente de un banco bien conocido de Nueva York. Poco después, la unión de varios bancos neoyorquinos lo colocó en una posición dos veces mayor que la del presidente del banco más grande del mundo en aquella época. Sin embargo, 36 años después, cuando pregunté por él en ese banco, la respuesta fue la misma: “¿Quién fue? Nunca hemos oído hablar de él”. Su “éxito” no le sobrevivió.

Hay, sin embargo, un éxito que *¡perdura!*

OTRO CASO DE “ÉXITO”

He tenido el privilegio de conocer a muchos de los grandes hombres y de los casi grandes, especialmente del medio financiero. He tenido trato con capitalistas multimillonarios, jefes ejecutivos de grandes compañías, ministros de gobierno, autores, artistas, conferencistas y rectores de universidades.

Para la mayoría de ellos, el éxito significaba la adquisición de dinero y bienes materiales, así como el ser reconocidos como gente importante.

Uno de los personajes importantes que conocí fue Elbert Hubbard, filósofo, escritor prolífico, editor, conferencista y conocido como un hombre sabio. “El Fray”, como él mismo se tildaba algunas veces, se hizo famoso. Usaba una cabellera semi larga, bajo un sombrero grande y un corbatón. Se decía que contaba con medio millón de dólares; hoy esa cantidad equivaldría a varios millones.

Publicaba dos revistas: *El Filisteo* y *El Fray*, las cuales casi llenaba con escritos propios. Se jactaba de poseer el vocabulario más extenso desde el tiempo de Shakespeare. Publicó *Una Biblia Americana* que escandalizó a muchos religiosos, aunque él les explicó que la palabra “Biblia” simplemente significa “libro”, sin implicar necesariamente escritos *sagrados*, a menos que fuera precedida de la palabra “santa”. Su “Biblia” consistía en composiciones selectas escogidas por él, entre las cuales se encontraban escritos de varios escritores norteamericanos influyentes... ¡incluso Hubbard, por supuesto! Casi la mitad del libro contenía sus propias obras y el resto era una colección de las de otros escritores.

Hubbard no era víctima de complejos de inferioridad, y la filosofía que predicaba era *positivista*. Poseía una perspicacia y una sabiduría singulares para las cosas puramente materiales, además de una comprensión profunda de la naturaleza humana.

Sabía que los hombres “importantes” codiciaban la lisonja, tanto como los actores el aplauso. Una gran parte de su fortuna la había ganado escribiendo una serie casi interminable de folletos bajo el título de *Pequeños viajes a las casas de los grandes y los casi grandes*. Eran impresos en un estilo único en su propia imprenta. Gran número de norteamericanos ricos y famosos le pagaban enormes sumas para que los ensalzara en su inimitable estilo literario.

Una información interesante sobre el concepto que el Sr. Hubbard tenía del éxito, le salió espontáneamente un domingo en la tarde mientras charlábamos en su hospedería en la ciudad de Aurora Oriental, Nueva York.

—Una vez le pregunté a un ministro unitario—le dije al Sr. Hubbard—, si había podido por fin determinar cuáles son realmente las creencias religiosas que usted profesa, si es que profesa algunas.

“El Fray Elberto” se interesó al momento.

—¿Y qué le contestó?—me preguntó curioso.

—Me dijo que no estaba seguro, pero que cualquiera que fuera la religión de usted, sospechaba que tenía su origen en su billetera y su cuenta bancaria—le contesté. El Sr. Hubbard no lo negó, sino que carcajeándose me dijo:

—Y bien que me salgo con la mía, ¿no es cierto?

¿Tuvo éxito el Sr. Hubbard? De acuerdo con las normas humanas, creo que lo tuvo. Él conocía y aplicaba seis de las siete leyes del éxito. Era industrioso, trabajaba con afán y cosechó abundantes “frutos”: dinero, popularidad, aclamación. Sin embargo, él y su esposa se fueron al fondo del mar cuando un submarino alemán hundió al trasatlántico *Lusitania* en el que viajaban.

La fama del Sr. Hubbard no fue duradera, pues hoy es prácticamente desconocido. Él conocía los valores materiales, pero su agnosticismo le cerró la puerta del camino que le hubiera conducido a la comprensión de los valores espirituales. Él nunca entendió el verdadero PROPÓSITO de la vida. No estaba seguro si en efecto existía un Creador. Estaba convencido de que la “cristiandad”, en la forma en que el mundo la conceptúa, era una superstición irrazonable. Ignoraba la RAZÓN por la cual la humanidad había sido puesta sobre la tierra... o si había surgido por azar. Ignoraba también el destino potencial del hombre. No tenía conocimiento de la séptima ley del éxito. Y como no conocía ni aplicaba esta ley, se impulsaba fuertemente, mediante la aplicación concienzuda de las primeras seis, ¡en la dirección diametralmente *contraria* a la que lleva al verdadero éxito!

NUNCA HALLARON SATISFACCIÓN

¿Cuál fue el verdadero *significado de la vida* para estos hombres de “éxito”?

El objetivo de su vida, su definición del éxito, consistía en la adquisición de bienes materiales, en el reconocimiento de su importancia por la sociedad y en el estímulo pasajero de los cinco sentidos.

Pero entre más adquirían, más ambicionaban... y menos satisfechos quedaban con lo que tenían. Lo que adquirían nunca era suficiente.

Algunos de los hombres de “éxito” en el mundo hacen que sus fotografías aparezcan en la primera plana de los periódicos metropolitanos y en la portada de revistas famosas. Esto envanece y excita temporalmente al ego, mas nunca satisface a largo plazo. ¡No hay nada que el público olvide tan rápidamente como las noticias de ayer!

Algunos piensan que la felicidad de los hombres consiste en tener muchas mujeres, aunque sea una tras otra en lugar de tenerlas en un harén. Pero esto es una experiencia corrosiva, y esos hombres nunca conocen los gozos de la bendición matrimonial con una sola mujer, siempre fieles el uno al otro.

Muchos hombres buscan, la lisonja de otros, aun cuando se la tengan que “comprar” elogiándolos a sus semejantes. Pero como el aplauso que se prodiga al actor, eso no perdura y los deja abrumados, ¡con una inmensa sed de algo *que satisfaga!* Por consiguiente, quedan descontentos; e inquietos. Aunque sus cuentas bancarias estén repletas, sus vidas están vacías. Lo que adquieren nunca es suficiente ni les satisface. Además, ¡todo lo dejan atrás cuando mueren!

¿En dónde está el mal? Tales hombres se fijaron metas equivocadas. No habían discernido los verdaderos valores, de manera que iban en pos de los falsos. ¿No es hora, pues, de aprender la verdadera definición del ÉXITO?

NO TODO TRIUNFO ES ÉXITO

Tal vez el mejor ejemplo de todos es el de aquel antiguo rey que se afaná mucho y obtuvo fabulosas riquezas. Probó de todos los placeres para ver si proporcionaban felicidad.

Este rey se dijo a sí mismo: “Ven ahora, te probaré con alegría, y gozarás de bienes” (Eclesiastés 2:1).

Al describir su experimento, escribió: “Propuse en mi corazón agasajar mi carne con vino, y que anduviese mi corazón en sabiduría, con retención de la necedad, hasta ver cuál fuese el bien...” (versículo 3).

Aquel rey, cuando era joven, trató realmente de *disfrutar de la vida*, y contaba con los medios para hacerlo. Fue uno de los hombres más ricos que jamás hayan existido, con todos los recursos de una nación a su alcance. Si no contaba con suficiente dinero para el logro de alguno de sus proyectos, simplemente subía los impuestos.

Así que, al continuar con su experimento para encontrar la felicidad y el éxito, escribió: “Engrandecía mis obras [estupendas obras y proyectos nacionales], edifiqué para mí casas, planté para mí viñas; me hice huertos y jardines, y planté en ellos árboles de todo fruto. Me hice estanques de aguas, para regar de ellos el bosque donde crecían los árboles. Compré siervos y siervas, y tuve siervos nacidos en casa; también tuve posesión grande de vacas y de ovejas, más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén. Me amontoné también plata y oro, y tesoros preciados de reyes y de provincias; me hice de cantores y cantoras, de los deleites de los hijos de los hombres, y de toda clase de instrumentos de música. Y fui engrandecido y aumentado más que todos los que fueron antes de mí... No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno, porque mi corazón gozó de todo mi trabajo: y esta fue mi parte de toda mi faena” (Eclesiastés 2:4-10).

Luego concluyó: “Miré yo luego todas las obras que habían hecho mis manos, y el trabajo que tomé para hacerlas; y he aquí, todo era VANIDAD y aflicción de espíritu, y sin provecho debajo del sol” (versículo 11).

“Vanidad de vanidades, todo es *vanidad*”, escribió este rey al final de su vida de experimentación (Eclesiastés 1:2). Todo aquello era una lucha continua... ¿tras de qué? Tras de *nada*, todo era “trabajar en vano”, concluyó (Eclesiastés 5:16). Todo lo que le trajo una vida de afanoso trabajo, dedicación vigorosa y obtención de bienes materiales, confesó aquel rey, no fue más que *¡un puñado de aire!*

A este hombre se le llamó el más sabio que jamás haya vivido. Fue el rey Salomón de la antigua Israel. A pesar de sus costosos experimentos, él nunca halló los verdaderos valores ni el significado del éxito perdurable y legítimo.

¿A qué se debió esto? Simplemente a que, con toda su sabiduría, este hombre buscó el placer, la felicidad y el éxito a *su manera*: en el materialismo. En el principio, el Eterno Creador diseñó y puso en vigor *leyes vivientes* con el fin de producir felicidad, vida abundante y gozo sano y continuo para todos los humanos que las acataran. Estas son las siete grandes leyes del éxito. El rey Salomón, como casi todos los hombres “prósperos” del mundo, aplicó tesorosamente las seis primeras, pero al no tener en cuenta la séptima, se dirigió por el camino equivocado. Entre más se afanó, más lejos llegó, pero en dirección *opuesta* del éxito perdurable y verdadero.

Él conocía esta séptima ley, pero “hizo Salomón lo malo ante los ojos del Eterno...” Él no obedeció lo que le mandó su Hacedor. “Y dijo el Eterno a Salomón: Por cuanto ha habido esto en ti, y no has guardado mi pacto y mis estatutos que yo te mandé, romperé de ti el reino” (1 Reyes 11:6-11).

Consideremos ahora las experiencias de un rey moderno. Éste era amigo íntimo de otro monarca, el ex rey Saud de Arabia, a quien he sido presentado personalmente. Hace tiempo los periódicos publicaron la noticia de la repentina riqueza que le llegó al emir Alí de Qatar.

Qatar es una península de la costa de Arabia, en el golfo Pérsico. Repentinamente le llegó al pequeño país un gran auge petrolero que le producía a este emirato de 35.000 habitantes, 50 millones de dólares anuales, de los cuales 12 millones y medio iban directamente al Emir.

¿Qué haría usted si de repente recibiera una renta de 12.500.000 de dólares al año?

¡Probablemente no haría lo que piensa que haría! Tal cantidad de dinero, llegada repentinamente, cambiaría radicalmente las ideas de uno. Eso fue lo que pasó con el emir Alí.

Inmediatamente empezó a construirse ostentosos palacios rosados, verdes y dorados en medio de las chozas de adobe en las que vivían los habitantes de su país. Sus palacios eran ultramodernos, con aire acondicionado y aun con cortinas controladas por botones. Así el nuevo rico podía preservarse de los ardientes 50 grados del desierto.

Alquilaba aviones para llevar consigo un séquito tan numeroso que su villa palaciega en el lago de Ginebra era insuficiente

para alojarlo. Tenía que buscar acomodo en varios hoteles del lugar.

Después el Emir se auto regaló una magnífica mansión de un millón de dólares, desde la cual podía disfrutar de un panorama espectacular de la ciudad de Beirut, Líbano, y el hermoso Mediterráneo. Cuando el rey Saud le hizo una visita real, él le obsequió 16 automóviles, uno de ellos con incrustaciones de oro. El viejo emir Alí se volvió tan generoso con sus propios caprichos, que pronto sus deudas llegaron a los 14 millones de dólares, ¡sobrepasando a sus fabulosas entradas!

Alrededor del mundo se difundió la noticia de que Alí simplemente no *podía cubrir sus gastos* con sólo 12 millones y medio de dólares al año. El primero de noviembre de 1960 abdicó en favor de su hijo Ahmed, de 40 años de edad. Un nuevo consejo consultivo convino en pagar las deudas del viejo Alí y concederle una pensión que le permitiera sostener un puñado de sirvientes y unas cuantas esposas.

¡Pobre Alí! Le fue más difícil sufragar sus gastos con 12 millones y medio de dólares anuales, que cuando estaba en relativa pobreza.

LA PRIMERA LEY

Ciertamente, *NADA* puede ser más importante en la vida que saber lo que es el éxito *verdadero* y cómo alcanzarlo.

¿Cuál es, pues, la primera ley del éxito? Antes de enunciarla debo aclarar que en el presente folleto nuestro propósito no es analizar los principios morales y espirituales como rectitud, paciencia, lealtad, cortesía, confianza, puntualidad, etc., pues éstos están incluidos automáticamente en las siete reglas. Damos por sentado que no se puede obtener el éxito sin estos principios fundamentales del carácter.

Por otro lado, muchos que son honrados y rectos nunca han practicado específicamente ninguna de las siete leyes del éxito. Muchos pueden ser leales, tener paciencia y cortesía y ser puntuales, sin alcanzar jamás el éxito porque no aplican una sola de las siete leyes específicas y definidas. Aun así, cada una de estas leyes es muy amplia en su alcance.

He aquí, pues, la *primera ley* del éxito: FIJARSE LA META CORRECTA.

No se trata de una meta cualquiera. La mayoría de los hombres “prósperos” que hemos mencionado tenían sus metas y se afanaron incansablemente por alcanzarlas. Pero metas como hacer fortunas, volverse “importante” a los ojos de la gente y disfrutar del placer pasajero de los cinco sentidos, han regado el camino de la historia con temores, preocupaciones, angustias, conciencias atribuladas, penas, frustraciones, vidas vacías y muerte.

Esas cosas pueden tenerse y disfrutarse juntamente con el verdadero éxito, pero por sí solas no lo traen. Tener la meta *correcta* incluye algo más.

En otras palabras, la primera ley del éxito incluye el poder *definir el éxito*. Una vez que nos hayamos enterado de lo que es el éxito, debemos convertirlo en la meta principal de nuestra vida.

¿Sabía el lector que la mayoría de las personas jamás se lijan una META definida en sus vidas. En realidad la mayoría, como ya lo hemos dicho, ¡no saben ni aplican siquiera UNA SOLA de las siete leyes del éxito!

Muy pocas personas parecen tener algún OBJETIVO en la vida. Simplemente viven “a la deriva”, por así decirlo.

Si uno ahorra dinero para disfrutar de unas vacaciones en cierto lugar, seguramente pasa muchos días de emocionada expectación haciendo los *planes* de su viaje. Tiene un DESTINO definido y todos los planes se trazan con el fin de llegar a ese destino o META. La persona *sabe* hacia dónde quiere ir; de otra manera, ¿cómo piensa llegar allá?

Como ya dijimos, la mayoría no tienen ningún propósito en la vida, simplemente son víctimas de las CIRCUNSTANCIAS. Nunca *planearon intencionalmente* estar en el empleo u ocupación en el que hoy se encuentran. No escogieron el lugar donde viven, es decir, no lo PLANEARON así. ¡Simplemente han sido llevados por las CIRCUNSTANCIAS! Tales personas se han dejado llevar a la ventura sin hacer esfuerzo alguno por dominar y controlar las circunstancias.

La primera ley del éxito, repetimos, es fijarse la meta CORRECTA... no cualquier meta. Uno podría fijarse una meta en la cual se tuviera poco o ningún interés y acabar por llevar

una vida inactiva. La meta correcta despertará ambición, la cual es más que sólo un deseo: es deseo con *incentivo*, es determinación y *voluntad* de lograr lo deseado. La meta correcta se deseará tan intensamente que provocará un esfuerzo resuelto y vigoroso. Le infundirá ánimo al individuo.

Debería existir un PROPÓSITO trascendental en nuestra vida. Muy pocos han conocido un propósito así. A lo largo de los siglos y los milenios, los grandes pensadores y filósofos han reflexionado en vano deseando saber si la vida tiene un propósito verdadero. Sócrates, Platón y Agustín, entre otros, especularon y razonaron al respecto; sin embargo, el verdadero significado de la vida siempre les eludió. El asunto más profundo y más importante de la vida quedó en el misterio; era para ellos ¡un enigma insoluble!

SI ACASO alguien pudiera descubrir el PROPÓSITO supremo, ese propósito definido para el cual los humanos fuimos puestos sobre la tierra, SI ACASO pudiera descubrir un potencial humano que trascendiera la existencia temporal, se supone que tal PROPÓSITO sería la meta que provocaría una ambición dinámica.

Pero ... ¡ay! ¿Quién ha descubierto alguna vez tal propósito, tal finalidad de la vida?

¿No había algo más excelente por lo cual pudieran haberse esforzado los dos prominentes banqueros amigos míos? ¿No había algo mejor que el sólo disfrutar de su pasajera prosperidad ... para luego ser olvidados por sus sucesores? Después de todo, ¿qué es lo que hace la vida digna de vivirse?

Repetimos: La primera ley del verdadero éxito es ¡fijarse la meta correcta! Los hombres que hemos mencionado se encontraban entre los más eminentemente prósperos de este mundo, y todos tuvieron metas y aplicaron con diligencia las seis primeras leyes del éxito. Pero por desconocer la séptima no supieron aplicar debidamente la primera, y su éxito fue pasajero.

LA SEGUNDA LEY VITAL

Como hemos visto, si uno quiere tener ÉXITO en la vida, debe fijarse primero la meta correcta y luego prepararse para lograrla.

Así, la *segunda ley* del éxito, en su orden, es EDUCACIÓN O PREPARACIÓN.

¿Qué esperanza puede tener uno de lograr su objetivo si no obtiene el conocimiento necesario?

Una cosa que necesitamos entender acerca de la vida, y muchos no la entienden, es que los humanos no estamos dotados de instinto. En este aspecto, los animales poseen cierta ventaja sobre nosotros, pues no tienen que aprender. Nunca tienen que devanarse los sesos con el aprendizaje.

Al becerro recién nacido no se le tiene que enseñar a caminar. Inmediatamente trata de pararse sobre sus inseguras y débiles patas. Quizá al principio se caiga un par de veces, pero a los pocos minutos logra pararse, aunque sin mucha estabilidad. El pequeño becerro no necesita un año o dos para caminar, ni siquiera necesita una o dos horas, sino que empieza a caminar *¡en unos cuantos minutos!* No necesita discurrir sobre ninguna meta. No precisa de libros de texto ni de enseñanza. Instintivamente *sabe* cuál es su meta: ¡comer! E instintivamente también sabe el camino. Sobre sus cuatro patas se dirige de inmediato a su primera comida.

Lo hemos repetido muchas veces: Los pájaros construyen sus nidos por instinto; nadie les enseña a hacerlo. Una vez se llevó a cabo un experimento en el que cinco generaciones de pájaros tejedores fueron alejados de sus nidos y de los materiales para construirlos. Nunca vieron un nido. Cuando a la sexta generación se puso a su alcance material para construir nidos, los pájaros, sin instrucción alguna, ¡procedieron a construir nidos! No fueron nidos de cuervo ni de águila sino de la misma clase que los pájaros tejedores han construido desde la creación. Ellos no tienen *mentes* para discernir, imaginar, diseñar o construir ninguna otra clase de nido.

Es verdad que algunos perros, caballos, elefantes y otros animales pueden ser enseñados y entrenados para ejecutar ciertos trucos, pero no pueden razonar, imaginar, pensar, planear, diseñar ni construir cosas nuevas y diferentes. No adquieren conocimiento ni distinguen entre el bien y el mal, no toman decisiones ni ejercen la voluntad para auto disciplinarse de acuerdo con sus propias decisiones y razonamientos.

LOS ANIMALES NO PUEDEN DESARROLLAR CARÁCTER MORAL Y ESPIRITUAL.

En cambio, para los seres humanos la vida no es tan fácil. Los humanos tienen que *aprender* o ser enseñados a caminar, hablar, comer y beber. Nosotros no logramos esto instintiva o inmediatamente como los animales. Puede llevar un poco más de tiempo y puede ser un poco más difícil, pero podemos *aprender* a leer, a escribir y a hacer cuentas.

Luego podemos avanzar aun más y aprender a apreciar la literatura, la música y el arte. Podemos aprender a pensar y razonar, a concebir nuevas ideas, a planear, diseñar y construir.

Podemos investigar, experimentar, inventar telescopios y aprender algo sobre el espacio y los lejanos planetas, estrellas y galaxias. Podemos construir microscopios y aprender acerca de las partículas infinitesimales de la materia.

Aprendemos acerca de la electricidad y las leyes de la física y la química. Aprendemos a usar la rueda y a construir carreteras y vehículos que nos permiten viajar con más velocidad que cualquier animal. Aprendemos a volar más lejos y más rápido que cualquier pájaro. Podemos desintegrar el átomo y ponerlo a nuestro servicio. Descubrimos y utilizamos la energía nuclear.

Pero tenemos que *aprender* y *estudiar*; tenemos que EDUCARNOS y estar *preparados* para lo que nos proponemos hacer.

Una de las primeras cosas que necesitamos aprender es que *¡necesitamos aprender!*

Una vez que se ha aprendido lo suficiente para ESCOGER UNA META, el *segundo paso* para la obtención triunfal de esa meta es APRENDER CÓMO ALCANZARLA, es decir, adquirir la educación adicional, el entrenamiento y la experiencia que proporcionen los conocimientos necesarios para lograr la meta.

La mayoría de las personas nunca se fijan una meta definida. No teniendo un objetivo específico, descuidan la EDUCACIÓN apropiada que los capacitaría para tener una vida de éxito.

Todos esos hombres de quienes he contado sus anécdotas e historias, tenían una meta. Se habían fijado como objetivo general en la vida el adquirir posesiones, ser importantes y disfrutar los momentos pasajeros de su existencia. Como un

medio para alcanzar este objetivo, ellos habían establecido metas más específicas, como prosperar en la banca, la industria, la política, el teatro, la literatura o lo que fuera. Todos SE EDUCARON para su profesión o vocación en particular.

Tenían criterio suficiente para darse cuenta de que la educación no solamente incluía el aprendizaje, sino también el desarrollo de la personalidad, el don de mando, la experiencia y el conocimiento obtenidos de sus relaciones y asociaciones, así como de la observación.

Sin embargo, estas personas de “éxito” no alcanzaron realmente el éxito. No sólo escogieron una meta que los llevó por el camino de los falsos valores, sino que erraron al no prepararse con el tipo de educación que hace posible el éxito REAL y perdurable, esto es, la realización del PROPÓSITO de la vida.

Hay, por lo tanto, una educación falsa y una verdadera.

Estos hombres prósperos no gozaron de una prosperidad perdurable. A pesar de su educación, no llegaron a conocer los VALORES VERDADEROS. Escogieron metas que los condujeron por la senda de los falsos valores, los cuales no permanecen.

El sistema educativo de este mundo descuida la importantísima tarea de recobrar los valores verdaderos. Aun los educadores eruditos a menudo se consagran por largos años a la investigación de asuntos triviales e inútiles.

El conocimiento más esencial y básico—el de los valores genuinos, del significado y propósito de la vida, del CAMINO de la paz, la felicidad y el abundante bienestar—jamás forma parte de la enseñanza de hoy. Debido a que pude percibir la decadencia de la educación moderna, debido a que pude reconocer el inmenso vacío que existe en la enseñanza, fui impulsado a fundar un plantel educativo que satisficiera esta necesidad.

La educación correcta debe enseñar que todas las cosas están sujetas a la ley de causa y efecto, debe hacer hincapié en el hecho de que por cada efecto o resultado, ya sea bueno o malo, existe una causa. La educación verdadera explica la CAUSA de los males de este mundo, tanto de los problemas personales como de los colectivos, a fin de que puedan ser evitados. También debe instruir con respecto a la CAUSA de los resultados BUENOS, a fin de que sepamos cómo cosechar el bien en lugar del mal. La

educación verdadera no sólo debe enseñarnos a vivir, sino que debe saber y enseñar el PROPÓSITO de la vida humana y cómo cumplirlo.

La decadente educación de hoy ha dado lugar a las revueltas estudiantiles, que a su vez ¡han sumido a las universidades en un estado de violencia y caos! Esta es otra tragedia significativa de nuestros tiempos.

En este mundo se difunde una educación falsa proveniente de los paganos quienes, aunque eran pensadores y filósofos, ¡estaban engañados y carecían del conocimiento de los valores y los objetivos verdaderos de la vida! ¡La verdadera historia de la educación es en sí misma una historia reveladora!

LA TERCERA LEY BÁSICA

La siguiente ley vital es tener BUENA SALUD.

Somos seres físicos. La mente y el cuerpo se complementan para formar el mecanismo físico más maravilloso que conocemos: el ser humano. Pero el hombre está hecho de materia; su existencia consiste en 16 elementos de materia orgánica que funcionan químicamente.

El hombre vive por el aire que respira, que es en sí mismo el soplo de la vida. Si los fuelles que conocemos como pulmones no siguieran respirando el aire saturado de oxígeno, el hombre no viviría para lograr ningún objetivo. ¡Sólo un latido del corazón nos separa de la muerte! En tanto que los pulmones bombean aire, el corazón bombea sangre a través de un intrincado sistema de venas y arterias. Y esto, a su vez, debe mantenerse con alimento y agua.

De manera que el hombre *ES lo que come*. Algunos de los médicos y cirujanos más famosos han dicho que entre el 90 y el 95 por ciento de todas las enfermedades ¡son el resultado de un régimen alimenticio deficiente!

Tal parece que muy pocas personas se dan cuenta de que el estado de su salud tiene mucho que ver con lo que comen. Casi todos han seguido el régimen, conforme a las costumbres de la sociedad, de comer de todo aquello que les sea agradable al paladar.

Los adultos no son más que niños crecidos. Obsérvese a un bebé de nueve meses. Todo lo que llegue a sus manos ¡se lo lleva a la boca!

A mi hermano menor quizá no le agrade leer esto, pero recuerdo que cuando él tenía aproximadamente nueve meses se las ingenió para meterse en la carbonera, ubicada en el sótano de la casa. Allí lo encontramos tratando de comer pedacitos de carbón, ¡con la boca y la cara totalmente sucias!

Causan risa los chiquitos al verlos tratar de comerlo todo... desde cucharas de plata hasta pedazos de carbón. ¿Se reiría usted de quienes meten pequeños ratones en una salsa y, tomándolos por la cola, se los engullen como un succulento manjar?

Si lo hiciera, ellos se reirían de usted y le dirían que los ratones comen cereales y alimentos limpios, en tanto que usted pone en sus salsas ostras escurridizas y viscosas, y otros mariscos asquerosos, considerándolos como un alimento delicioso.

¿Cree el lector que los adultos han aprendido más que los bebés de nueve meses? Si uno va a una tienda que tiene “especialidades” alimenticias, aun puede encontrar en ella productos como anguila y víbora de cascabel enlatadas.

¿POR QUÉ suceden tales cosas? Como ya explicamos, los humanos no sabemos nada al nacer. ¡Todo lo tenemos que *aprender!* Pero la mayoría de nosotros no nos damos cuenta de esto, de tal manera que lo que no sabemos, *¡no sabemos* que no lo sabemos! En una u otra forma la mayoría de las personas han crecido llevándose todo a la boca, y han llegado a la madurez comiendo todo lo que les parezca bueno y todo lo que ven a los otros comer. Ha habido muy poco estudio e instrucción sobre lo que **DEBEMOS** o lo que **NO DEBEMOS** comer.

La mayor parte de las enfermedades degenerativas son enfermedades *modernas*. Constituyen el castigo por ingerir alimentos que han sido despojados de sus minerales en los centros de producción y que contienen exceso de almidón, azúcar (los carbohidratos) y grasas. Otras enfermedades son causadas por un tipo de desnutrición que surge de la falta de minerales elementales y vitaminas en los alimentos. Después la gente trata de restaurar las “vitaminas” a sus organismos tomando píldoras que Compran en la botica.

En cierta ocasión un famoso director de un programa de “educación física” dio una conferencia en la Institución Ambassador. En su discurso nos hizo recordar que la profesión médica ha dado grandes pasos hacia la erradicación de las enfermedades contagiosas y, sin embargo, ha tenido muy poco éxito en su lucha contra el aumento de las que no lo son, tales como cáncer, enfermedades del corazón, diabetes y enfermedades de los riñones. Estas últimas son afectadas por una dieta deficiente.

Hay por supuesto otras leyes para la salud que incluyen dormir lo suficiente, hacer ejercicio, respirar abundante aire fresco, higiene y adecuada eliminación corporal, pensamientos correctos y vida ordenada.

Recientemente el “correr” se ha convertido en el deporte de moda como medio para mantener una buena condición física. Aun personas de edad leen libros de “expertos” autodidactas y comienzan a forzar sus corazones al correr varios kilómetros al día. “¡Más ejercicio!”, gritan los aficionados a las novedades.

¿Por qué los humanos tienen la tendencia de ir hacia los extremos? El ejercicio es bueno, beneficia un poco, pero como la mayoría de las cosas, puede ser llevado más allá de lo razonable y benéfico. Una dosis excesiva puede ser perjudicial. Somos dados a pasar por alto el principio de la MODERACIÓN en todas las cosas.

¿Cuál es el provecho de este esfuerzo excesivo que consiste en correr varios kilómetros cada día? Ciertamente promueve la circulación de la sangre, llevándola hasta las extremidades, lo cual es bueno. Estimular la circulación de la sangre sí es importante, pero también se puede DESTRUIR la salud cometiendo excesos imprudentes. Es tan peligroso hacer demasiado ejercicio como no hacer ninguno.

Se puede estimular la circulación de la sangre sin peligro y sin necesidad de esfuerzo extenuante. Nunca olvidaré una conferencia a la cual asistí cuando era joven. El conferencista había sido instructor de educación física y entrenador del presidente norteamericano Howard Taft. Inmediatamente después de que terminó la presidencia del Sr. Taft, este instructor se las ingenió para obtener una lista de todas, o casi todas, las personas centenarias en los Estados Unidos. Luego los visitó a todos personalmente y les preguntó a qué atri-

buían su longevidad. Uno le dijo que era porque nunca había fumado. Otro había fumado toda su vida y ya tenía más de 100 años. Otro era abstemio total, mientras otro había bebido cerveza y coñac toda su vida. Y por ahí iban todos. Después de entrevistarlos, analizó sus apuntes y se sorprendió al darse cuenta de que sólo tenían una cosa en común, sin embargo, ninguno la consideraba como factor importante. Todos daban diariamente un vigoroso masaje a su cuerpo, algunos con una toalla después del baño diario y otros con un cepillo. Pero en una forma u otra, todos habían estimulado la circulación de la sangre, incluso hasta los extremos de los pies y de las manos, por medio del frote o masaje diario.

Muchos preguntan cómo yo, con más de 90 años de edad, todavía conservo la energía, el vigor y el ímpetu. De cierto existe más de una razón, aunque no corro ni me dejo llevar por novedades pasajeras. Yo CAMINO, que es el mejor ejercicio para alguien de mi edad. Pero desde que oí aquella conferencia hace 60 años o tal vez más, he venido dándome un masaje diario. ¿El método? Con una toalla de tamaño generoso, después de la ducha diaria. Trato de dormir lo necesario. Tengo cuidado con mi eliminación (un aspecto muy importante). Soy muy cuidadoso con mi dieta y tengo un enorme ALICIENTE, un propósito que me estimula en la vida, pues he aprendido cuál es el OBJETIVO de mi existencia. ¡Ese propósito me espolea a estar activo! Tengo una misión que cumplir, y ésta es más importante que mi vida misma. No queda mucho tiempo para efectuarla, pero *tiene* que ser cumplida y en efecto ¿SE CUMPLIRÁ! Además de todo esto, recurro a un poder mayor y más grandioso. Creo que esta es la respuesta.

Pocas personas se dan cuenta de que el enfermarse *no es algo natural*. Las enfermedades y dolencias vienen únicamente por el *quebrantamiento de las leyes naturales* del cuerpo y de la mente. Estas son las LEYES FÍSICAS que regulan la salud. ¡La gente *no ha aprendido* que existen tales leyes! Suponen que un malestar o una enfermedad ocasional es natural en el curso de la vida, pero nada puede estar más lejos de la verdad.

La enfermedad no debe aceptarse como algo natural. Algunas autoridades afirman que los resfriados no se “pescan”,

sino que, al igual que las fiebres, ¡nos los comemos! Explican que un resfriado o una fiebre es simplemente la eliminación rápida y forzada de toxinas y venenos que se acumulan en las glándulas como resultado de una dieta inadecuada.

¿Qué sucede con los grandes y casi grandes del mundo? Generalmente no saben todo lo que hay que saber acerca de las leyes de una salud buena y vigorosa que produce una mente despejada y alerta. Pero comparados con la gente común, ellos saben mucho acerca de eso, pues disfrutaban, digamos, por regla general, de una salud relativamente buena.

Como un ejemplo, el presidente de los Estados Unidos cuenta con un médico en la Casa Blanca que siempre está atento al estado de su salud. Se requiere del presidente que haga cierta cantidad de ejercicio. El presidente Eisenhower jugaba golf con frecuencia, el presidente Kennedy nadaba un poco diariamente, el presidente Taft tenía un entrenador que vigilaba su peso constantemente.

Sin embargo, hay muchas cosas que ni aun la gente educada sabe acerca de las causas de la enfermedad, la dolencia y el decaimiento.

Creo que un factor ha obrado universalmente en favor de esos hombres: La actitud mental ejerce una influencia considerable sobre la condición física. La mayoría de los hombres de "éxito", según el mundo conceptúa el éxito, piensan constructiva y positivamente, y su actitud mental rebosa confianza. Rechazan los pensamientos negativos y no adoptan una actitud de temor, preocupación o desaliento. Ellos se imponen a sí mismos el equilibrio emocional y, consciente de las obligaciones que tienen sobre sus hombros, evitan la vida disipada más que la mayoría de la gente.

Sin salud uno se encuentra tremendamente impedido, si no totalmente imposibilitado para lograr mucho. La cuarta ley del éxito depende en gran manera de la buena salud.

LA IMPORTANTÍSIMA CUARTA LEY

Una persona puede escoger su *meta*, y el tenerla presente seguramente le despierta una enorme ambición por alcanzarla. Esa

persona puede empezar por *educarse* y entrenarse con el propósito de alcanzar su meta, e incluso puede disfrutar de *buena salud*; sin embargo, es posible que aun así no progrese hacia su objetivo.

Después de todo, el éxito es realización, es ACCIÓN. Se dice que cualquier pez perezoso puede flotar río abajo, pero que sólo el pez vivaracho nada río arriba. Una persona inactiva no triunfa en nada. El triunfo requiere que se *HAGA* algo.

Llegamos, pues, a otra ley, la *cuarta ley* del éxito, que es ¡EMPUJE!

Un esfuerzo a medias nos puede impulsar un poco hacia nuestro objetivo, mas nunca lo suficiente para alcanzarlo.

El jefe ejecutivo de una organización próspera y vigorosa siempre despliega *empuje*. Constantemente se impulsa, y no solamente a sí mismo sino a aquellos que están bajo sus órdenes, pues de otra manera podrían rezagarse, relajarse y acabar por estancarse.

Tal ejecutivo puede sentirse amodorrado y detestar el tener que levantarse por la mañana, pero rehúsa ceder ante las flaquezas de la carne.

Recuerdo las luchas que yo tuve con esta situación. Sucedió cuando tenía 22 años, durante uno de mis viajes como “hombre de las ideas” de la revista que representaba. Tenía una lucha constante con la modorra. Había adquirido el hábito de contestar las llamadas que me hacían en los hoteles para despertarme, tirándome nuevamente a la cama a dormir. Después compré un despertador que siempre llevaba conmigo, pero pronto me acostumbré a levantarme a apagarlo y después echarme otra vez a la cama sin darme cuenta de lo que hacía. No estaba lo suficientemente despierto como para ejercer la fuerza de voluntad y forzarme a permanecer de pie, darme una ducha y despertarme por completo.

Aquello se había convertido en un hábito que necesitaba romper. Tuve que agujonearme. Me hacía falta un despertador que no pudiera ser apagado hasta que estuviera lo suficientemente despierto para darme cuenta de lo que hacía.

Por lo tanto, cierta noche llamé al botones del hotel. En esos tiempos se acostumbraba dar de propina un décimo, por lo que

medio dólar surtía el efecto que lo haría hoy un billete de 20 dólares. Poniendo, pues, un medio dólar de plata en el tocador, le dije al botones:

—¿Ves ese dinero, muchacho?

—¡Sí señor!—me contestó con los ojos brillantes de expectación.

Después de asegurarme que él estaría de guardia a las 6:30 de la mañana siguiente, le dije:

—Si aporreas la puerta a las 6:30 hasta que yo te deje entrar, si te quedas en el cuarto e impides que regrese a la cama, y si no te vas hasta que me haya vestido, será tuyo el medio dólar.

Descubría que esos botones, con tal de obtener la propina, estaban dispuestos a luchar y hasta pelear conmigo para evitar que me volviera a acostar. Así, con ese aguijón que me hizo *levantarme y movilizarme*, ¡acabé con el hábito de la somnolencia matutina!

Muchos trabajadores nunca se superan en su empleo porque les falta EMPUJE. Se detienen, trabajan lentamente, se aletargan y descansan cuanto les es posible. En otras palabras, si no tuvieran un patrón que los *impulsara*, probablemente morirían de hambre. Tales trabajadores nunca se convertirían en agricultores prósperos, porque un agricultor que busca el éxito tiene que levantarse temprano y trabajar hasta tarde, impulsándose siempre a sí mismo. Esta es la razón por la cual muchas personas tienen que trabajar para otros. Por cuanto no confían en sí mismos, otros, con más energía y visión, tienen que impulsarlos.

Sin *energía, brío* y EMPUJE, no podemos esperar alcanzar el verdadero éxito.

LA LEY NÚMERO CINCO: PARA EMERGENCIAS

Se podría suponer que si uno tiene un objetivo, y con él la ambición para lograrlo, y que si después se entrena, se educa y trata de perseguir su objetivo, se mantiene en buen estado de salud y se impulsa constantemente hacia su meta, estaría en posición de alcanzarlo.

Sin embargo, por indispensables que sean estas cuatro leyes, no son suficientes.

Nos enfrentamos constantemente a peligros, obstáculos, problemas imprevistos o reveses. Podemos estar procediendo con toda la exactitud requerida, cuando de repente ¡ZAS! ... se presenta una complicación imprevista, surge algún incidente inesperado y nos detiene o nos hace retroceder. Por lo tanto, para hacer frente a estos problemas que se presentan continuamente, entra en juego la *quinta ley* del éxito, la ley para las emergencias: ¡INGENIO!

Cuando se presentan complicaciones, obstáculos o circunstancias imprevistas que parecen bloquearnos el paso, necesitamos INGENIO para resolver el problema, sobreponernos al obstáculo y continuar hacia la meta.

Recuerdo la ocasión en 1924 cuando viajamos 18 días en un viejo automóvil Ford "Modelo T". íbamos desde Iowa hasta Oregón y se presentaron un sinnúmero de emergencias con el motor, sin mencionar llantas desinfladas o reventadas. Teníamos que resolver las dificultades "parchando" las cámaras de las llantas o reparando el motor a la vera del camino.

Además aprendí una lección sobre determinación e ingenio durante mi primera visita a las cataratas del Niágara. Paseaba en la isla de Cabras que divide el río precisamente arriba de las cataratas. En un punto había una roca enorme. Parecía una barrera infranqueable para el río que fluyendo rápidamente, caía en cataratas, formaba raudales y luego llegaba al lago Ontario.

Observé intrigado. ¿Se paraban o se daban por vencidas las rugientes aguas? ¡Jamás! Me emocionaba ver las aguas arremolinarse alrededor de la enorme roca y precipitarse sobre ella, o descubriendo un agujero a través de ella, arrojarse con estrépito y fragor hacia su destino.

La empresa IBM ideó un famoso lema que se encuentra en muchas oficinas y negocios. El lema es: "PIENSE", pero se suele escribir como: "PIEMSE".

Cuando se presenta alguna emergencia se requiere una mente despejada, nervios calmados, *decisiones rápidas* y razonamiento lógico. Lo que se necesita es ¡INGENIO!

Se necesita una mente serena, capaz de evaluar todos los hechos y tomar una decisión sabia.

¿Conserva usted su calma ante tales emergencias o suele excitarse hasta perder el control de sus emociones? ¿Piensa usted rápidamente, con claridad y lógica, o se le paraliza la mente? Para tener éxito necesitamos cultivar la habilidad y el *hábito* de permanecer ecuanímenes, pero listos para entrar en acción con vigor, tomando la decisión adecuada y ¡apegándonos a ella!

LA IMPORTANCIA DE LA SEXTA LEY

Ciertamente podríamos pensar que estos cinco recursos bastarían para garantizar finalmente el éxito. Sin embargo, nueve de cada 10 personas que los aplican, fracasan al no tener en cuenta la importante ley número seis.

Entre las historias relatadas al principio de este folleto se encuentra la del presidente de una fábrica constructora de automóviles. Él había empleado las cinco primeras de estas leyes (excepto que perseguía una meta equivocada que llevaba en la dirección errónea). Sin embargo, cuando la breve crisis económica de 1920 le quitó su fortuna, se suicidó.

Este hombre había llegado a un punto en que a todas luces parecía estar *acabado*. Durante su vida había resuelto ingeniosamente todos los problemas que se le presentaron. Pero ahora, repentinamente, parecía que todo le era arrebatado de sus manos... todo el producto de su trabajo, todo lo que había acumulado, todo aquello a lo que había dedicado su vida. ¡No le quedaba nada! ¡Estaba arruinado! O al menos así le parecía a él. Tal vez sufrió un fracaso matrimonial al mismo tiempo; yo nunca supe de su vida privada.

Acabó por rendirse. ¡Cometió suicidio! Se hallaba tan cerca del éxito... y sin embargo ¡tan lejos!

Nueve de cada 10 personas llegan a un punto varias veces en la vida cuando parecen estar totalmente *derrotadas*. Al parecer, todo está perdido. Se rinden y desisten cuando con un poco más de determinación, con un poco más de fe y *perseverancia*, con un poco más de tenacidad, habrían convertido el aparente fracaso en glorioso éxito.

Por consiguiente, la *sexta ley* del éxito es PERSEVERANCIA y *tenacidad*.

Yo conozco personalmente la importancia de esta ley porque he llegado a ese punto más de una vez. Yo también me quedé sin nada en la breve crisis económica de 1920.

Había tenido una entrada, aun cuando contaba con menos de 30 años de edad, equivalente a la de un ejecutivo. Casi el 90 por ciento de mis ingresos provenían de cinco o seis compañías, pero la mayoría de ellas “se hundieron”, pues habían entrado en manos de síndicos.

Más tarde, en 1926, un negocio publicitario que yo había iniciado se esfumó de la noche a la mañana debido a factores y decisiones completamente fuera de mi control. Un proyecto de un millón de dólares se hundió en la nada como resultado de la quiebra en el mercado de valores y la depresión económica de 1929. Pero no me rendí ni renuncié a la vida. ¡Fue entonces cuando la META de mi vida sufrió un cambio!

Durante los dos primeros años de su existencia, la Institución Ambassador se enfrentó constantemente a amenazas de derrota. Casi todos pensaban que estábamos acabados, que habíamos fracasado. ¿Por qué, se preguntaban, no me daba cuenta y desistía? En esos tiempos tenía que oír a mis socios hablar constantemente de “cuando esta institución se desplome”.

Mas ¡no se desplomó! Para el año de 1949 habíamos superado nuestra primera crisis financiera. Más tarde, la segunda. Hoy, creo que muy bien podemos decir que la Institución Ambassador es ciertamente ¡un ÉXITO glorioso! Y nuestras demás operaciones se llevan a cabo a gran escala por todo el mundo.

TODAVÍA NECESITAMOS LA SÉPTIMA LEY

Ahora sí parecería que si aplicáramos estas seis leyes del éxito, no faltaría ningún elemento necesario para alcanzar el éxito.

Ciertamente, los hombres de “éxito” que hemos descrito aplicaron estos seis principios. Alcanzaron sus metas, ganaron mucho dinero, se volvieron importantes y disfrutaron de los placeres pasajeros.

No obstante, aun con todo ese “éxito”, sus vidas estuvieron vacías. Nunca estuvieron satisfechos sino descontentos. Jamás encontraron la *felicidad* duradera, permanente e imperecedera. No se llevaron sus pertenencias cuando murieron y ¡su fama pereció con ellos!

Lo que les faltó es lo mismo que les falta a TODOS los que no alcanzan el éxito VERDADERO: la séptima ley del éxito, la más importante de todas. ¡Este era el ingrediente que lo hubiera cambiado todo!

LA LEY QUE NO SE HA TENIDO EN CUENTA

He reservado la explicación de esta importantísima ley hasta lo último. Pero lejos de ser la última, es la primera en cuanto a su importancia vital.

La he dejado hasta ahora por dos razones: 1) porque es precisamente la *última* que la gente reconoce y aplica; y 2) porque siendo la *primera* en hacer factible la obtención del éxito *verdadero*, quiero dejarla hasta el final para que quede grabada en la mente del lector.

Cuando acomete alguna enfermedad seria, la gente llama al médico. La mayoría confían automáticamente en los conocimientos y la pericia de los humanos, y en drogas, medicinas y bisturíes. Pero cuando el médico, tal vez en colaboración con algunos especialistas, llega a la conclusión de que la ciencia médica nada puede hacer, que sólo un poder superior podrá salvar al enfermo, entonces por fin ¡la gente clama con desesperación al Creador!

¿Es posible que el Dios vivo pueda ser un factor determinante en nuestro éxito o fracaso? Pocos creen que sí. La gente siempre rechaza cualquier idea de guía y ayuda divinas; sin embargo, si uno se encontrara naufragado en medio del océano sin agua ni comida, ¡no tardaría en creer que realmente hay un Dios viviente! En su desesperación de último momento, la gente clama a aquel a quien ha negado, desobedecido y tenido en nada toda su vida.

¿No parecería axiomático que si hay un Creador benéfico y compasivo, listo y dispuesto a proporcionarnos ayuda de

emergencia como último recurso, lo más sensato sería buscar su guía y su ayuda desde un principio? Sin embargo, algunos adquieren riquezas, viven con toda clase de lujos y, finalmente, al perderlo todo, recurren a Dios. Otros se suicidan. Pocas personas confían en el Hacedor y Sustentador de la vida antes de que se sientan indefensos y desesperadamente necesitados de ayuda; y aun así su motivación principal es egoísta.

Sin embargo, si pretendemos disfrutar de las buenas cosas de la vida, como libertad de temores y angustias, paz mental, seguridad, protección, felicidad, abundante bienestar, ¡la FUENTE que proporciona todo eso es el gran Dios! Como todo nos viene de Él, ¿por qué no recurrir a esa fuente desde el principio?

En esta época de adelantos científicos, de sofisticación y vanidad, no es de buena pose intelectual creer en la existencia de un Creador. En este mundo engañado, la existencia de Dios ha gozado de poca o ninguna aceptación en la educación moderna.

La IMPORTANTÍSIMA *séptima ley* del éxito es TENER CONTACTO CON DIOS Y CONTAR CON LA GUÍA Y AYUDA CONTINUAS DE ÉL.

La persona que coloca en último lugar esta importante séptima ley, ¡probablemente está condenándose al fracaso ulterior!

¿POR QUÉ ES TAN IMPORTANTE?

Miremos nuevamente la primera ley, según el orden en que las hemos enumerado aquí. No se trata solamente de escoger una meta, cualquier meta. La primera ley del éxito es fijarnos, como objetivo principal en la vida, la meta *correcta*.

Todos los hombres de éxito de este mundo han tenido objetivos, pero sus fines han sido materiales. Buscaron felicidad en la vanidad, en el prestigio, en las adquisiciones materiales y en los proyectos y actividades de orden físico. Buscaron la aprobación de la gente, pero la gente son seres humanos y sus vidas son temporales. Las cosas materiales tampoco duran para siempre, sino que se envejecen hasta caer en desuso.

Los principales objetivos de los que se supone que tienen éxito en el mundo, generalmente son dos: *vanidad*, que es el deseo de tener prestigio, y *dinero*, con las cosas que éste puede comprar. Pero la felicidad no es material y el dinero no es la fuente de ella. La vanidad, como dijo Salomón, ¿es como tratar de atrapar el viento!

Los hombres que hemos mencionado se enriquecieron. Sus cuentas bancarias sin duda rebosaban, pero sus vidas estaban vacías. Cuando se enriquecían, no se daban por satisfechos sino que siempre querían más. Por supuesto, estas victorias monetarias, estas adquisiciones materiales, les daban un sentimiento de satisfacción, pero nunca era duradero.

Esa *lucha* continua de toda una vida, ese esfuerzo por “atrapar el viento”, esa búsqueda de valores falsos, dejó tras de sí una estela de temores, preocupaciones, celos, decepciones, angustias, remordimiento, descontento, frustración, vacío y finalmente ¡MUERTE!

No se puede negar que hubo placeres, ocasiones emocionantes, períodos de alegre disfrutar de la vida y sensaciones agradables. Pero después siempre venían períodos de depresión; el vacío y el desasosiego interno siempre retornaban. Esto a su vez los empujaba a buscar satisfacción en las mil y una formas que ofrece el remolino de placeres y pasatiempos del mundo.

Pero éstos nunca llenaban el vacío; nunca satisfacían la verdadera necesidad interna. Estas personas probablemente nunca se dieron cuenta de esto, pero el vacío era *espiritual*, y ¡un vacío espiritual nunca se puede llenar con cosas materiales!

Los hombres de “éxito” de este mundo aplicaron seis de las leyes del éxito, pero dejaron de lado a Dios, de manera que la felicidad que produce el verdadero éxito quedó fuera de su alcance.

Al parecer, hoy en día casi nadie se da cuenta de CÓMO y POR QUÉ fuimos creados, qué cosa somos ni por qué existimos nosotros los humanos. ¿Por qué hemos de vivir en la ignorancia de estos elementos básicos del conocimiento?

Hay dos hechos básicos y esenciales que pasamos por alto:

Aunque el hombre es un ser material, hecho del polvo de la tierra, que se sostiene con alimento y agua materiales, fue creado con la *necesidad* intrínseca del alimento y del “agua

viva” del Espíritu de Dios. Sin estos elementos espirituales, el hombre no puede ser verdadera y continuamente feliz. *Ninguna otra cosa puede dar satisfacción verdadera.*

El Eterno Dios que nos hizo a su imagen y conforme a su semejanza es el Creador de TODO lo que existe. Todo lo que el hombre necesita para que su vida sea continuamente abundante y satisfactoria, debe proceder de Dios. Él es la FUENTE DE ABASTECIMIENTOS. Él es el DADOR de todo lo bueno.

¿POR QUÉ ignoran los hombres cuál es la verdadera FUENTE, tratando de obtener de donde no hay nada? Si alguien desea extraer agua pura y cristalina de un pozo, debe ir a un pozo que esté lleno de esa agua, no a uno que esté vacío. Dios dice en su Palabra: “Dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua” (Jeremías 2:13).

Además dice: “A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche. ¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Oídme atentamente, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura” (Isaías 55:1-2).

Ahora volvamos una vez más a la primera ley del éxito. Se trata de ¡DEFINIR EL ÉXITO! ¿Qué constituye el verdadero éxito? Una vez que hayamos entendido el verdadero *significado* del éxito, habremos hallado el único objetivo correcto.

La meta verdadera determina el rumbo de nuestra vida. El éxito es el destino hacia el cual se dirige, es a donde ; finalmente se llega, y el éxito verdadero *incluye* una vida feliz y placentera a lo largo del camino.

¿TIENE LA VIDA ALGÚN PROPÓSITO?

¿Existe, después de todo, un PROPÓSITO en la vida? Si nos puso aquí un Creador, ¿lo hizo sin ningún objetivo? Un Creador con mente y poder tales que pudo diseñar y producir la mente y el cuerpo humanos, ¿pudo acaso haber dejado al hombre sin las herramientas, los ingredientes y los medios necesarios para cumplir su propósito?

Por supuesto, el hombre, separado de Dios, no tiene conocimiento de ese propósito, porque dicho conocimiento no es material sino *espiritual*, y las cosas espirituales no pueden ser percibidas por medio de los cinco sentidos físicos: la vista, el oído, el tacto, el olfato y el gusto. El conocimiento espiritual sólo puede ser transmitido por revelación, y el mundo ha rechazado esa revelación. Los hombres, separados de su Creador, son por necesidad ciegos e ignorantes espiritualmente; andan a tientas en la oscuridad sin poder aprovecharse de las herramientas, los ingredientes y los medios *adecuados*.

Sin embargo, el Hacedor ha proporcionado un *manual de instrucciones* junto con el mecanismo humano que Él ha creado. Este manual contiene todas las respuestas verdaderas. ¡Revela el verdadero PROPÓSITO de la vida, el destino potencial del hombre!

Este *manual de instrucciones*, como lo han dicho algunos con justa razón, es “el libro que nadie conoce”. Casi nadie se da cuenta de que la mayor parte del clero del cristianismo tradicional pasa por alto casi el 95 por ciento del contenido de ese libro. La mayoría de los científicos y educadores de hoy suponen, errónea e ignorantemente, por desconocer los hechos, que la Santa Biblia contiene solamente los escritos de una antigua raza de judíos ignorantes que en el remoto pasado de superstición e ignorancia trataban de idear un concepto de su dios. Ellos no examinan el libro, como examinan otros documentos, para ver lo que dice. Lo pasan por alto por ser algo inferior que su orgullo intelectual no les permite considerar.

Los religiosos creyentes en la Biblia generalmente citan y usan sólo un cinco por ciento de todas las Escrituras. No obstante, aproximadamente una tercera parte del contenido total de la Biblia consiste en noticias dadas por anticipado, las cuales se llaman *profecías* en terminología religiosa. Muy pocos prestan atención alguna a esta tercera parte de las Escrituras, por lo que la gran mayoría carecen de entendimiento.

Lo que casi nadie comprende es que el 95 por ciento de ese gran volumen que se pasa por alto es el MANUAL DE INSTRUCCIONES que el Hacedor envió con su producto, tal como lo hace el fabricante de aparatos electrodomésticos. Cabe decir, sin embargo, que algunos eruditos se han quedado pasmados al

darse cuenta de que este manual, aunque despreciado, calumniado y pasado por alto, contiene las RESPUESTAS a los interrogantes más fundamentales de la vida; revela el PROPÓSITO de la existencia humana, las LEYES que la gobiernan, lo que es el éxito y cómo se logra. Para ellos ha sido como descubrir una mina de conocimiento que ni siquiera sabían que existía. Se han dado cuenta de que este manual tiene sentido, que en verdad ES EL FUNDAMENTO MISMO DEL CONOCIMIENTO en casi todos los campos de la actividad humana, que provee el único *enfoque correcto* para la adquisición de otros conocimientos obtenibles.

La realización de ese potencial, como destino supremo del hombre, es el *único* objetivo VERDADERO. Esa es la razón por la cual existimos, ¡para eso vinimos al mundo!

Aquellos que se han esforzado, que han luchado y bregado para alcanzar cualquier otro objetivo, han malgastado sus vidas y han luchado en vano. De hecho, ¡no lograron nada!

Desde que el hombre fue puesto sobre la tierra, ¿cuántos han conocido ese DESIGNIO, ese verdadero objetivo de la vida? Muy pocos en verdad.

La ayuda, la guía y la iluminación que vienen de Dios son indispensables al COMIENZO mismo, cuando un joven o una joven debe elegir la META CORRECTA.

Sin la guía divina, el objetivo que se elige siempre es equivocado. Esta es la razón por la cual la gente pobre que tiene menos conocimiento y que posee menos bienes materiales, a veces *parece* ser la más feliz. En realidad no son más felices; ¡simplemente están *menos descontentos!* No han avanzado tanto en la DIRECCIÓN EQUIVOCADA como aquellos que vana y presuntuosamente se creen mejores y más inteligentes.

La vida tiene un PROPÓSITO. Dios puso en vigor LEYES infalibles que PRODUCEN felicidad, seguridad y todo el bien que el hombre desee. ¡Esas leyes constituyen el CAMINO DE VIDA que lleva al cumplimiento del DESIGNIO de Dios para nuestra vida!

¡Pensemos en esto por un momento! Los automóviles son diseñados y contruidos por sus fabricantes humanos para trasportar pasajeros, y trasportarlos en forma más rápida y cómoda que los antiguos coches de caballos. No sería ridículo si un automóvil tuviera mente y libertad para actuar y dijera:

“Esto no tiene sentido. Creo que no fui hecho para trasportar gente, creo que fui hecho con otro fin; me rehúso a trasportar gente. Quiero ser un instrumento para observar las estrellas en los cielos”.

Al parecer, el hombre es el único estúpido e insensato que, habiendo recibido el POTENCIAL de su mente y una CAPACIDAD de inteligencia superior a todas las demás criaturas de Dios, dice: “¿Por qué me has hecho así?”

¿CUÁL ES, pues, el *PROPÓSITO* para el que fuimos puestos sobre la tierra?

El género humano ha perdido totalmente el conocimiento de esto. Para la gente ebria, ebria espiritualmente con los falsos conceptos materialistas de nuestros días, la revelación de ese propósito les parecería extraña, absurda e imposible. Trasciende CON MUCHO a cualquier cosa concebida por la humanidad de este mundo entenebrecido, de manera que su descubrimiento sería demasiado excelso para ser aceptado o comprendido.

Baste decir, por el propósito de este folleto, que ¡el hombre fue creado con el fin de ser moldeado y finalmente elevado a la perfección del CARÁCTER mismo de Jesucristo! (Si aún no lo ha recibido, no vacile en solicitar el folleto titulado *¿Por qué nació usted?* Como todas nuestras publicaciones, este folleto se enviará sin cosió *alguno* & quienes lo soliciten. Una lista de nuestras direcciones se encuentra en la última página de este folleto.)

En Cristo están estampados actualmente el CARÁCTER y la imagen misma del Padre Eterno, así como su *aspecto* glorioso. El que un ser mortal llegue a tener ese CARÁCTER ESPIRITUAL PERFECTO, a imagen de Dios, significa que *debe ser TRASFORMADO!*

La Biblia describe a Dios como el Alfarero Supremo y a nosotros como el barro. Somos, literalmente, imágenes de Dios, en barro, formadas del polvo de la tierra (Génesis 2:7). Así como hemos traído la imagen del “terrenal”, traeremos, *cuando seamos tras formados*, la imagen del celestial: de Dios (I Corintios 15:47-49). Por eso somos imágenes de barro con mente humana, disfrutando de libre albedrío, ya sea para someternos o rebelarnos, con potestad para tomar decisiones y ejercer voluntad.

LIBERTAD PARA ESCOGER

¡Entendamos esto! Los seres humanos pueden obrar a su libre albedrío. Dios nunca les obligará a que sigan su camino y obedezcan sus leyes “a la fuerza”. Él no solamente *permite* que los seres humanos escojan el camino indebido, sino que les *obliga* a que tomen su propia decisión. De otra manera, ¡su PROPÓSITO divino sería frustrado!

El Dios vivo ha puesto frente a nosotros dos caminos. Uno, el suyo, que es la fuente o la causa de todas las cosas buenas que anhelamos ahora y del VERDADERO ÉXITO para siempre. El otro camino es el del egoísmo, de la vanidad, la codicia y la envidia. Este último es el camino que la humanidad ha escogido al rebelarse contra Dios y contra su ley; es el que causa toda la infelicidad, el sufrimiento, los males y que termina en muerte. ¡Dios nos exige que *escojamos!* Pero al mismo tiempo nos *manda* que escojamos el camino que conduce al ÉXITO VERDADERO (ver Deuteronomio 30:19).

NECESITAMOS AYUDA

El éxito máximo y VERDADERO es algo que no podemos obtener por nosotros mismos. El ingrediente que hace falta es la GUÍA y el PODER ESPIRITUAL DE Dios.

Cada uno en lo individual tiene que tomar la decisión. Le corresponde a cada uno fijarse la META CORRECTA. Es cuestión de voluntad propia: Cada individuo tiene que esforzarse al máximo, luchando por vencer, crecer, desarrollarse espiritualmente y perseverar en el camino correcto. Sin embargo, sólo el Eterno suministra el ingrediente vital: su poder, su amor, su fe, su guía, ¡su VIDA!

LA SÉPTIMA LEY LO CAMBIA TODO

¡Entendamos cuan *DIFERENTE* se vuelve toda la vida cuando se pone en acción esta *séptima* ley del éxito!

Primero, altera completamente la meta principal, como ya lo hemos explicado. Por supuesto, el individuo puede tener otras metas menores, tal como una profesión u ocupación que satis-

faga a su vez las necesidades materiales y físicas y le AYUDE a alcanzar la meta principal. Estas metas menores siempre deben estar en armonía con la meta principal y deben contribuir a su cumplimiento.

La meta primordial del que acata la séptima ley del éxito se convierte de material en espiritual. Esa persona sigue el CAMINO DE VIDA de los 10 mandamientos. De hecho, vive en armonía con toda la *Palabra de Dios*, es decir, la Biblia.

Volvamos ahora a examinar la *segunda ley* del éxito. La aplicación de la séptima ley requiere un CAMBIO en la EDUCACIÓN y preparación de la persona. Implica aprender los VALORES VERDADEROS de la vida, tanto los de esta vida como los del futuro. Esto significa que la BIBLIA, el manual de instrucciones del Hacedor, se convierte en el libro de texto número uno. Ésta revela la MENTE DE CRISTO y le proporciona al individuo sana dirección mental en toda su educación y experiencia.

Luego, la persona que aplique la séptima ley recibirá el *conocimiento* que Dios revela acerca de las leyes de la salud.

Consideremos la cuarta ley. Si uno es motivado por la Palabra de Dios, tiene EMPUJE. Dios ordena que todo lo que nos venga a la mano para hacer, debemos hacerlo *según nuestras fuerzas* (Eclesiastés 9:10). Debemos trabajar con fervor. Todo lo que merece ser hecho, ¡vale la pena hacerlo bien! Numerosos pasajes bíblicos ordenan que nos apliquemos con diligencia y ahínco al cumplir con nuestras obligaciones en la vida. Las Escrituras nos enseñan el ejemplo de trabajar DILIGENTE y CONCIENZUDAMENTE. Muchos de estos pasajes nos instruyen a *buscar* solícitamente la dirección y ayuda del Eterno; varios otros nos instan a guardar sus mandamientos con diligencia.

¿Qué hay con respecto al hombre de negocios? “¿Has visto hombre solícito en su trabajo? Delante de los reyes estará; no estará delante de los de baja condición” (Proverbios 22:29).

La Biblia no condona la pereza o la negligencia. Nos aconseja a considerar la manera de actuar de la hormiga y así crecer en sabiduría (Proverbios 6:6-11). ¡El manual de instrucciones del Hacedor nos ordena que seamos diligentes en todo lo que emprendamos!

PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS

Ahora, la ley número cinco. No importa cuán inteligente, alerta o ingeniosa sea una persona, *necesita la sabiduría y la ayuda de Dios* para resolver los problemas y hacer frente a los obstáculos que obstruyen de vez en cuando la senda de la vida, ya sea en los negocios, en una profesión, en la vida privada o en algún otro aspecto de la vida. El hombre que tenga CONTACTO CON EL ETERNO, el que pueda exponer estos asuntos, estas emergencias y estos problemas ante el trono de gracia, en la quietud de un lugar privado de oración, buscando el consejo y parecer divinos, ¡RECIBIRÁ LA GUÍA DE Dios! Por supuesto, la recibirá siempre y cuando sea sumiso, obediente, diligente y fiel.

La SABIDURÍA viene de Dios.

Me permito relatar un ejemplo personal de este principio. Dios ha bendecido su obra y ha hecho que se convierta en una tremenda labor de alcance internacional con oficinas en varias partes del mundo. Él me ha colocado en el puesto de director y dirigente humano sobre esta creciente obra con sus centenares de empleados. Tenemos que afrontar y resolver constantemente problemas de toda clase. Hay obstáculos que vencer, normas que establecer, decisiones que tomar que afectan muchas vidas y a menudo implican miles o aun millones de dólares. Es una responsabilidad tremenda.

Recuerdo que desde que tenía cinco años o menos, siempre deseaba tener ENTENDIMIENTO. Pero hace más de 50 años descubrí con tristeza que tenía gran necesidad de SABIDURÍA. Habiéndome dedicado a vivir, literalmente, en *armonía* con cada palabra del manual de instrucciones de Dios, obedecí este mandamiento:

“Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios ... y le será dada” (Santiago 1:5). Acaté ese mandamiento de Dios y Él cumplió su promesa, pues me ha dado sabiduría. Por supuesto, ha permitido que cometa errores, pero nunca un error grave que perjudicara *mi* gran obra.

La sabiduría debe ser aplicada en forma individual, a cada circunstancia específica. Aprendí hace muchos años cuán necesario es reunir *todos* los datos relativos a un caso antes

de tomar una decisión, lo cual siempre trato de hacer. Pero se requiere más. El libro de los Proverbios nos enseña que en la multitud de consejeros hay seguridad (Proverbios 11:14). Cuando hay que hacer una decisión importante, llamo a los consejeros más competentes, especialistas en el caso bajo consideración.

Si usted, lector, nunca ha tenido esta ayuda divina, ¡es simplemente imposible que comprenda *lo mucho, pero mucho* que esto significa! Cientos de veces hemos sido librados de errores costosos. Estamos libres de las preocupaciones y jaquecas que la mayoría de los hombres de negocios sufren debido a los problemas que los agobian. Podemos proceder con CONFIANZA, con la seguridad de la FE. ¡Qué bendición! ¡Qué consuelo y alegría!

¡VALE LA PENA!

Quienes tratan de arreglárselas en la vida *sin la guía del Cristo viviente*, están perdiendo la ventaja más *práctica y valiosa* que pudieran tener. En nuestro vernáculo diríamos: “¡Vale la pena!” Es preciso, sin embargo, que nos esforcemos y que PENSEMOS. Tenemos que valemos de todos nuestros propios recursos y aplicar el ingenio, pero contamos además con la SEGURIDAD de la GUÍA divina. Dios a menudo produce las *circunstancias favorables*. Él literalmente nos “abre las puertas”. ¡VALE LA PENA tenerlo como guía!

Finalmente, consideremos la sexta ley del éxito: la de la perseverancia, tenacidad y constancia, de no darse nunca por vencido.

El manual de nuestro Hacedor está repleto de advertencias respecto de esta ley. Jesús, en la parábola del sembrador y la semilla, nos muestra cuatro grupos de personas. Todas las personas descritas en la parábola oyen el mensaje de Dios. A todas se les da la oportunidad de responder favorablemente. Tres grupos ¡SE DAN POR VENCIDOS! Otro no logra progreso alguno. Dos grupos principian con gozo y gran fruto, pero permiten que las antiguas amistades y los cuidados y placeres de esta vida les desalienten y ahoguen. Los del otro grupo sencillamente no

tienen la profundidad ni la fuerza de carácter para perseverar; son desertores por naturaleza. Aun de aquellos que continúan y perseveran, algunos son más diligentes, más ingeniosos, mejor preparados y más cuidadosos de su salud, de manera que logran un *mayor desarrollo* de carácter y de conocimiento espiritual que otros. ¡Ellos recibirán una recompensa mayor!

Jesús dijo: “El que persevere hasta el FIN, éste será SALVO” (Mateo 24:13).

Sí, estas siete leyes son el camino, no sólo para el éxito comercial y económico, sino que son las LEYES que conducen a la abundancia, el interés y el bienestar ahora y, ulteriormente, a LA VIDA Y GLORIA ETERNAS en el reino de Dios.

Estas leyes nos enseñan a escoger la meta correcta. Nos enseñan a procurar con diligencia presentarnos a Dios aprobados. Nos enseñan a adquirir CONOCIMIENTO, educación correcta y preparación para el éxito. Nos enseñan a cuidar la salud. Nos enseñan diligencia, empuje y dedicación persistente. Nos enseñan ingeniosidad y nos ofrecen ayuda divina para aplicarla, y NOS enseñan a ¡PERSEVERAR HASTA EL FIN!

¡Cuan FELIZ Y SEGURA es la vida cuando está llena de FE y confianza en el Dios Creador! ¡Rebosa bendiciones y GOZO!

Yo lo sé. ¡He venido disfrutando esta clase de vida por más de medio siglo! Es una vida ACTIVA, interesante, emocionante, feliz. Es un constante mirar con gran expectación hacia la META MÁS SUBLIME de todas: ¡la eternidad en el REINO DE Dios!

¡Quiero COMPARTIR esta vida con usted, apreciado lector, para que usted también la pueda disfrutar!

COMO CONTACTARNOS

Para comunicarse con la Iglesia de Dios de Filadelfia para pedir literatura o para solicitar que un Ministro le visite:

Visítenos Online: www.pcog.org

En EE.UU., Canadá, y Puerto Rico llame gratis:
1-800 757-1150

DOMICILIOS MUNDIALES DE CORREO

Estados Unidos: Philadelphia Church of God, P.O. Box 3700, Edmond, OK 73083

Canadá: Philadelphia Church of God, P.O. Box 315, Milton, ON L9T 4Y9

El Caribe: Philadelphia Church of God, P.O. Box 2237, Chaguanas, Trinidad, W.I.

Inglaterra, Europa, e Oriente Medio: Philadelphia Church of God, P.O. Box 900, Northampton NN5 9AL, United Kingdom

África: Philadelphia Church of God, P.O. Box 2969, Durbanville 7551, South Africa

Australia, Islas del Pacífico, India y Sri Lanka:
Philadelphia Church of God, P.O. Box 375, Narellan N.S.W. 2567, Australia

Nueva Zelandia: Philadelphia Church of God, P.O. Box 6088, Glenview, Hamilton 3246

Filipinas: Philadelphia Church of God, P.O. Box 52143, Angeles City Post Office, 2009 Pampanga

América Latina: Philadelphia Church of God, Attn: Spanish Department, P.O. Box 3700, Edmond, OK 73083, United States of America

SPANISH—The Seven Laws of Success